

BOLETÍN

DE LA

INSTITUCION FERNAN GONZALEZ

PUBLICACIÓN SEMESTRAL

Año XLII

Segundo semestre de 1963
Dep. legal BU-7-1958

Núm. 161

DE LOS DIAS DE ANTAÑO

El libro, guía y mentor del hombre.—Momentos diferentes en la historia del libro.—El manuscrito y el libro en «letra de molde».—El libro español en América.—La imprenta en España.—La imprenta en Burgos.—Las «Novelas Ejemplares» de Cervantes, paradigma admirable de uno de los más bellos libros que el hombre ha concebido.

EL LIBRO.—Anfora nobilísima, destinada a guardar las más puras esencias del espíritu humano», encierra entre sus páginas: recuerdos de pasado, afanes del presente, esperanzas de lo que ha de venir. Amigo cariñoso, consejero leal, mentor siempre discreto, no ha de encontrar el hombre, en su afanoso e incierto pasar por esta vida, guía que iguale al libro en lo útil y fiel,

Quisiera yo que todo el que leyere esta mi pobre prosa, grabase y muy profundamente en su intelecto, para cuánto sirve al hombre un buen libro. El ha de integrar la mejor provisión para poder caminar con paso recto y firme en este viaje penoso, y además de penoso incierto y aleatorio, que es la vida, y en él le ha de ser dado el poder encontrar, en momentos difíciles y cruciales de ella, el más decidido y a la vez el más desinteresado y eficaz instrumento de alivio espiritual, porque si reputamos justamente de monstruo aquel que arrebató la vida a un semejante, con similar criterio, habremos de afirmar que el insensato que destruye un buen libro

aniquila con él la razón misma y la más apropiada representación de esa chispa divina que Dios concedió al hombre para diferenciarle y elevarle sobre tantos y tantos millones de animales como le reconocen por su rey y señor.

El libro, puede decirse en estricta justicia que nace con el hombre, en cuanto éste, tras lucha secular, agitada e incierta con el medio en que vive, que hostilmente recobra contra él en un principio, logra verse señor y dueño de la Naturaleza. Desde este instante, la inteligencia humana siente necesidad, creciente cada día, de fijar de manera solemne y permanente, la gama ascensional de sus afanes, proyectos y conquistas, y nace el libro como expresión tangible de este anhelo.

EL LIBRO, ENTRE LAS BRUMAS PROTOHISTÓRICAS.—Treinta y cinco siglos antes de la Era Cristiana, en los tiempos en que Europa, llamada a pasear después, por el mundo de antaño, la antorcha esplendorosa del progreso, yacía en las tinieblas de supina barbarie, Egipto, pueblo admirable en todo, reverencia ya al libro, y así sabemos cómo al fin de sus días, en el cercano momento de ir a iniciar el temeroso viaje del que ya no se vuelve, para dormir eternamente en la necrópolis grandiosa de Giseh, un alto funcionario palatino de los primeros años de la sexta dinastía faraónica mandaba que se inscribiese, y bien patentemente, sobre la laude sepulcral de su tumba, el título del que más se gloriaba, el de «Gobernador de la casa de los libros». Había, pues, en Egipto libros, y éstos en abundancia tanta, que hacía necesario que a su organización dedicase su vida y sus afanes un grande de la Corte.

En este mismo Egipto y al abrigo y cobijo de los ingentes pilonos del templo colosal de Karnak, existía, asimismo, la «sala de la biblioteca», colocada bajo la protección directa de Thoth, dios de las ciencias y artes. Por desgracia, de todo aquel riquísimo acervo literario, tan solamente pasajes fragmentarios han llegado a nosotros. En cambio, poseemos casi íntegro el «Ritual funerario o libro de los muertos», paradigma admirable de creencias, que la piedad egipcia enterraba con los cuerpos de sus seres queridos, y en el cual nos es dado estudiar curiosísimas muestras del modo de vivir, anhelos, esperanzas y afanes de este pueblo ejemplar, del que con entera justicia se ha dicho: que moría en el mundo y vivía en las tumbas.

El Papiro, esta bella y utilísima planta que crece espontánea y abundantemente a orillas del Nilo, proporcionó a Egipto su materia escriptoria.

En Asiria y Caldea, aunque faltar aún de materia escriptoria estable y adecuada, no se resigna el hombre a dejar de estampar, de un modo permanente, sus conquistas en el campo de la ideología, y así, sobre ladrillos tiernos, posteriormente desecados a los rayos del sol, depositó los frutos

de su labor e ingenio, formando de una manera tosca pero ingeniosa, a manera de libros colosales de cientos y hasta de miles de folios arcillosos. El Museo Británico se enorgullece, hoy día, de algunos centenares de estos terráceos voceros culturales, procedentes de la biblioteca que en Níneve fundara Asurbanípal.

En la India milenaria, bello país en el que la naturaleza parece que quiso extremar lo bello y lo terrible, el bien y el mal, la savia creadora y el poder destructor, encontramos, en fecha remotísima, junto a sus cuatro «Vedas», animado y fantástico relato del Cosmos primitivo, los dos grandes poemas nacionales, el Ramayana y el Mahabarata, ecos grandiosos de heroicas empresas coloniales y del momento más esplendoroso del período Brahamánico.

Unos diez siglos antes de Jesucristo, nace con Moisés el libro hebreo, «La Biblia», el libro por excelencia, esa obra admirable y multiforme, pero una y sin par en docencia y sustancia, obra que empieza con el Génesis y acaba con el Apocalipsis, y en cuyas páginas supo el pueblo elegido por Dios volcar toda su alma con la fe de un creyente y la determinación de un convencido, sin jactancias ni alifios, sin arrequives ni afeites literarios, y sin embargo tan excelente fue su materia prima, que quien guste de saborear la genuina belleza ha de pasar su vista por el «Libro de Ruth», por el de «Job», por el «Salterio», por el «Cantar de los Cantares», por los «Trenos», fuentes, con varios otros, de eterna poesía.

EL LIBRO EN GRECIA Y ROMA.—La Grecia antigua, minúsculo pero ejemplar y emotivo pedazo de tierra que supo dar vida a las dos únicas Epopeyas verdad que el númen creador del hombre ha concebido: la Iliada y la Odisea; la primera, prototipo de la imaginación y resumen y canon admirable de un grado de civilización que hoy mismo nos asombra, y la segunda, no tan genial y heroica, pero más natural y bellamente humana, no podía mostrarse tardía ni remisa en su amor hacia el libro. Siete centurias antes de la Era Cristiana, sonaba ya como famosa en Atenas la Biblioteca de Pisitrato, valiosa y notablemente incrementada en años posteriores, para más tarde, en el decurso de aquellas memorables «Guerras Médicas», verse en parte incendiada y el resto depredado por las hordas de Jerjes, que la trasladan a Persia como botín de guerra. Famosas fueron en esta bella tierra las Bibliotecas formadas por Polycrates, tirano de Samos, y la del inmortal filósofo Aristóteles, que fue, en pos de varias vicisitudes, adquirida por Tolomeo Soter.

La decadencia griega y subsiguiente desplazamiento del ideal helénico, supo crear, en los campos de la Historia y las Letras, la época que se llamó Helenística, momento intelectual que aunque casi vacío de originalidad, llegó a ser fecundísimo. Pérgamo, con sus monarcas Eúmenes y

Atalo, y fundamentalmente Alejandría, bajo los Tolomeos, vieron nacer y engrandecerse en sus respectivos recintos ciudadanos, los dos más grandes depósitos de libros que tuvo el mundo antiguo. Una y otra Bibliotecas contaron sus volúmenes por cientos de millares; empresa de titanes, habida cuenta de lo que entonces suponía la formación de un libro. La de Alejandría, fundada por Tolomeo Soter y amorosamente engrandecida por sus sucesores, en especial por Evergetes II, quien, muy poco o nada escrupuloso, retenía cuantos libros originales entraban en sus reinos, ordenando hacer copia de ellos y remitir ésta al legítimo dueño, reservando para la Biblioteca el texto original; llegó, en decir de Aulo Gelio, en sus «Noches Atícas», a encerrar en sus plúteos, la cifra ingente de setecientos mil volúmenes.

Roma, domeñadora incansable de pueblos y naciones, no supo, en cambio, dar a luz un mundo espiritual a tono con su proselitismo de conquistas. Tan sólo cuando llega ya a verse como dueña y señora de casi todo el mundo entonces concido, es cuando, sacudiéndose su rudeza inicial y longeva, quiere llevar a sí la cultura de aquellos pueblos tan cargados de gloria, que supo domeñar. Paulo Emilio, primero, y César y Marco Antonio, después, por no citar más que los insignísimos, hacen llegar a ella, a manera de gloriosos trofeos de sus triunfos, miles y miles de libros. fruto de sus depredaciones por campos y urbes helenísticas. La Historia nos ha dicho que Varrón, Cicerón y Lúculo, poseyeron Bibliotecas magníficas, y durante la época Imperial fueron famosas las que Octavio Augusto y Vespasiano, elevaran en los recintos de los templos de Apolo y de la Paz. Como poseedores de Bibliotecas privadas de justa nombradía, debemos recordar, el primero, a Tito Pomponio Atíco, el amigo entrañable de Cicerón, y a su lado deben ir, con honor, los nombres de Sosil, Quinto Valerio, Polio Segundo, Atrectus y Trifón, sin que en esta breve cita deban ser silenciadas las famosas «*Tabaernae Literariae*» o públicas librerías, centro de reunión de los literatos famosos, lugar donde los «*bibliopholas*» o copistas manuscribían los libros y en donde aquéllos leían e intercambiaban los frutos de su ingenio.

Tocaba a su final el siglo quinto de la Era Cristiana. La invasión bárbara, obrando a modo de colosal esponja, quiso borrar un algo que en su opinión había muerto ya: El mundo clásico, y con él cuanto había constituido su legado espiritual, científico y artístico, muerde el polvo que entre las ruinas sembraban por doquier estos conquistadores. La cogulla salvó entonces la herencia cultural de lo pasado y el «*Scriptorium*» de aquellas abadías fue el taller admirable en el que legiones de monjes, laboriosos todos y muchos eruditos, supieron reconstruir y salvar, en lo que fue posible, de un naufragio total, de una parte, vestigios muy valio-

sos del mundo ya caído, y de otra, los no despreciables fermentos de cultura aportados por estos pueblos rudos pero no insensibles al culto del progreso; fermentos que en conjunto integraban el principio de variabilidad que un estado social recién nacido oponía al concepto de la unidad romana. No supo o no quiso saber el mundo posterior apreciar en sus justos quilates la labor admirable que en los primeros siglos medievales, azarosos e incultos, realizó la Iglesia; labor plasmada en aquellos maravillosos «códices» que hoy llamamos cartularios, becerros, tumbos, libros de horas, etc., maravillosos libros exornados por miniaturas espléndidas y de tan acabada factura, que por su minuciosidad y pureza de líneas nos parecen a veces impresiones perfectas más que labor manufacturada por el tesón inteligente e inspirado de un puñado de obreros del progreso. Para que estos preciadísimos códices, alguno de los cuales supuso la vida de su autor quemada íntegramente en tan noble faena, tuviesen una duración grande, se hacía previamente preciso preparar la vitela, su materia escritoria, con procedimientos especiales y a veces complicados. Uno de ellos, el principal quizá, consistía en procurar que las tintas quedasen adheridas a la vitela o pergamino sobre que se escribía, haciéndolas así casi inalterables e insensibles, por ende, a los efectos constantes e insidiosos de la luz y humedad. Casi todos los códices a nosotros llegados aparecen escritos en caracteres góticos de una sorprendente uniformidad y simetría; algunos se engrandecen aún más con orlas, iniciales y asuntos decorativos al través de sus páginas, asuntos que vienen a integrar muestras bellísimas del arte en aquellos ya tan apartados días, y que los miniaturistas tomaron fundamentalmente de la flora y la fauna del mundo de sus tiempos.

La invención de la Imprenta, intuición genial de Gutemberg, aunque basada en los procesos anteriores de la Xilografía e intentos de Coster, llevó a su cénit el imperio del libro, ya que el descubrimiento de caracteres móviles permitió su repetición en ediciones múltiples, rápidas y económicas. El libro que hasta entonces, y como consecuencia fatal de su elevado precio, fuera patrimonio exclusivo de reyes, de ricos o de sabios, pasa a ser un objeto ya de dominio común, manjar apetitoso que Europa entera, sacudida y muy intensamente por las espirituales inquietudes del Renacimiento que entonces se iniciaba, devora con fruición. Una pléyade de ilustres impresores, a la vez artistas admirables y eruditos completos, impresores que se llamaron los Aldos, en Italia; los Estéfanos y los Didot, en Francia; Plantino y los Moretos, en los Países Bajos; los Brocar y más tarde Ibarra y los dos Sanchas, en España, por no citar más que los nombres cumbres supieron hacer llegar el libro a un grado de esplendor insuperable y rápido; esplendor continuado en el correr de los siglos XVII, XVIII, XIX y lo que va del nuestro, en los que, a pesar de los trastornos

sociales y políticos que azotaron y azotan hoy al mundo, mantuvo el libro y acrecienta hoy, si cabe, su imperio incontrastable.

EL LIBRO ESPAÑOL COMO GUIA Y ANTORCHA DEL PROGRESO MUNDIAL.—Y en pos de esta ojeada de conjunto que sobre el libro y su valor espiritual hemos venido haciendo, vamos a tratar ya de algo más nuestro. de lo que España, tan mal juzgada y peor conocida, supo hacer con el libro, desde que éste, al poder difundirse por los medios mecánicos, llega a constituir vehículo seguro de cultura.

Al desembocar el siglo XVI en el cuadro grandioso de la Historia, llegaba nuestra Patria al cénit de su gloria, afianzando, con recio manotazo, su temple y su pujanza, no tan sólo en los campos de la ideología y del Derecho, en los que tan alto sabría colocarla aquel gran burgalés que se llamó Francisco de Vitoria, sino también por tierras y por mares, conocidos los unos e ignorados los otros, al impulso fecundo y unicorde de la espada y la cruz. España, en el inicio de una hegemonía corta pero fecunda, debe y quiere ser el guión del pensamiento humano y, en consecuencia, ha de ser y es de hecho, el libro español el que, como antorcha luminosa de cultura, se difunde por Europa y América, con noble emulación por granjear prosélitos.

Ello debía ser y, en efecto, así fue. En libros debidos a los españoles Pedro de Medina y Martín Cortés, aprenden a navegar, desde los inicios del siglo XVI, los marinos de Europa. El pensamiento español, concebido al través de aquella mente prócer de Fray Luis de Granada, vertido al japonés en libros allí impresos, se erige en el más eficaz vehículo de la cultura cristiana, en tan remotas tierras. La imprenta posa su pie, después de muchos meses de incierto navegar, en la lejana Goa, en plena India, hasta donde el temple y la osadía de un bravo valenciano, Juan de Bustamante, saben llevar los tipos mudables de la naciente industria. En 1561, un extremeño, Ruy López de Segura, escribe su «Arte de Ajedrez», que traducido a muy diversas lenguas recorre Europa entera, y aún hoy día sirve de estudio y base para el conocimiento de este tan noble juego. Españoles fueron, asimismo, los primeros libros que Europa conoció sobre música de vihuela y guitarra, y entre los más autorizados tratadistas de este matiz musical habremos, en justicia, de incluir con honor al insigne invidente burgalés Antonio de Cabezón, organista de Felipe II.

Por Francia, Italia, Flandes e Inglaterra, corren durante el siglo XVI numerosas ediciones de libros españoles, los unos traducidos y los más en nuestro propio idioma, instrumento universal de cultura, cuando España regía los destinos y el pensamiento de próximos y lueños territorios, y en aquella cenruria nace en tierra española su mejor y más completo hombre: Miguel de Cervantes; él y su obra inmortal «El Quijote», libro de ingenio

sin igual en el mundo, indicarán a la Humanidad, en el correr del tiempo, el guión rectilíneo de una raza y el noble y sutil empaque de una lengua sonora cual ninguna, al paso que ante la grandiosidad de este preclaro fruto de su numen, se inclinarán con reverente admiración los hombres de todos los tiempos y todas las naciones.

EL LIBRO ESPAÑOL, EN AMÉRICA.—El descubrimiento, conquista y civilización española en América, tuvo dos facetas cuya proyección histórica ha sido muy distinta. Una externa, tangible, cuajada de sucesos increíbles en fuerza de gloriosos, ejecutados al impulso uniforme de la Cruz y la espada; otra, la cultural, igualmente tenaz pero más suave, más callada, más quieta; no tan sólo no lo debidamente proclamada, sino hasta insidiosamente silenciada, primero, por el Padre Las Casas y sus más inmediatos seguidores, y después, por tantos y tantos deformadores conscientes y mal intencionados de la Historia, que, sin embargo, es una e inmutable.

Fuera de nuestro campo, el intento de bosquejar aquí los quilates guerreros de la Epopeya española en América, encaja, en cambio, con plena pertinencia decir y probar algo de lo mucho y muy bueno que España llevó a aquellos nobles pueblos, para recreo de sus almas de niños y para su alimento y forja espiritual.

Que es un tópico inverecundo, manido y retorcido, la estulta afirmación de que España no fue a buscar en América más que riquezas y medros materiales, sino que al lado de estas legítimas aspiraciones, en orden a su bienestar económico y físico, nuestros abuelos llevaron al «nuevo continente» muchas y muy variadas cosas de orden espiritual, y entre éstas quizá la que más apremió sus conciencias fue la de difundir muchos y buenos libros.

En efecto, hacia 1536, o sea cuando aún no se había esfumado el eco del piafar de los corceles con los que Hernán Cortés asombró al mundo en su azaña sin par, en un siglo en el que las comunicaciones eran tan lentas y difíciles, que desde Sevilla a Veracruz se invertían seis meses y desde Veracruz a Méjico seis semanas, a lomo de pesados pero seguros mulos, llega la imprenta a América de manos de la Iglesia, aquí representada por aquel magnífico ejemplar de fraile Franciscano y primer Obispo de Méjico, el ilustre Fray Zumárraga, una de las figuras más sañuda y cerrilmente combatida por los corifeos de la leyenda negra. El Obispo Zumárraga, para dar un bien cumplido mentís a la estúpida fobia, logra que a sus expensas y bajo su constante protección y tutela y del Virrey mejicano don Antonio de Mendoza, un ya famoso impresor alemán establecido en Sevilla, Juan Cromberger, acceda a que uno de su más destacados oficiales, Giovanni Paoli, conocido en castizo español por Juan Pablos,

a quien acompañaron su mujer Jerónima Gutiérrez, el prensista Barbero y un ayudante negro, sentasen sus reales, tras viaje casi heroico de más de siete meses, para iniciar en Méjico la tirada y difusión de libros españoles, cuya primera muestra, aunque en esto no haya una opinión unánime, fue «La escala espiritual para llegar al cielo», de San Juan Clímaco, Sin que sea, ni mucho menos, impertinente consignar en este breve cuadro que la otra Europa, la de los aurigas aupados en el carro sin freno del progreso, pese a su decantado galope progresista, había de tardar nada menos de un siglo (1639), para poder implantar en el Estado de Massachussets la primera imprenta en lengua inglesa.

En pos de Méjico se fueron, lenta pero continuamente, estableciendo imprentas y produciendo libros, hasta en las más lejanas provincias del Imperio Español ultramarino. Así vemos cómo Lima la tuvo en 1582; Manila, en 1593; Guatemala en 1660; Asunción, en 1705; La Habana, en 1707; Santa Fe de Bogotá, en 1738; etc., etc. Entre los más famosos libros aparecidos en América, referentes al suelo, clima e historia de la América Española, merecen una especial mención los dados a la luz por Gonzalo Fernández de Oviedo, Antonio Alvarez de Chanca y el Doctor sevillano Nicolás Monardes; todos ellos salidos de las prensas en el correr del siglo XVI.

LA IMPRENTA EN BURGOS.—Introducido el nuevo Arte en España en 1463, el primer ejemplar de «escritura de molde» vió la luz en Valencia, en las prensas del alemán Lamberto Palmart (1), establecido en esta floreciente ciudad. Se trata de un pequeño «cancionero» de unos juegos florales, cuyo título reza: «Obres e Troves en loors de la Verge Marie». En pos de Valencia, van siendo otras ciudades las que rápidamente, sonada, envidiosa y alborozadamente, dan carta de naturaleza en su recinto a tan prometedora actividad, y así vemos, sucesivamente, establecer la imprenta en Zaragoza, Sevilla, Tortosa. Lérida, Salamanca y Zamora. En Burgos, habida cuenta de su importancia, riqueza y relieve social, en aquellos ya tan remotos días, no debió tardar la imprenta en sentar sus reales, hacia una fecha que el docto López Mata (2) sitúa en las proximidades del año 1482, en el cual año y con fecha 21 de marzo, el Canónigo tesorero de nuestra Catedral, García Ruiz de la Mota, «dió a

(1) Por creer impropio entablar discusión en esta breve síntesis, aceptamos aquí la opinión secular de año y población, en lo que a la aparición de la imprenta en España pueda hacer referencia, aun cuando no ignoremos que Vindel y otros documentados tratadistas discrepan de tal afirmación.

(2) López Mata, Teófilo.—Artículos publicados en «Diario de Burgos», en los días 23 y 24 de abril de 1949.

escribir a Maestro Fadrique vecino della dicha cibdad que estaba presente, dos mil papeles que le obiesen de escribir de letra de molde, segund e por la forma de dos papeles que ante el escribano le mostró,.. e que el dicho señor thesorero le aya de dar por ellos, así por el papel como por la escritura, por todos dos mil papeles, siete mil maravedís...».

Tenemos ya, pues, como primer adalid de esta obra de cultura el nombre conocido de un impresor ilustre, que asentó sus reales en Burgos, para en nuestra ciudad ejercer una larga y lucida actuación; su nombre, Fadrique Alemán de Basilea, de natividad alemana, como bien claramente nos demuestra su nombre. La obra más antigua de título conocido, salida de sus prensas, en el año 1485, fue un «Arte de Gramática», debida a la pluma del bachiller Andrés Gutiérrez de Cerezo, de la cual obra debió tirar 400 ejemplares, por precio de 74.400 maravedís. Es, pues, la gramática de Cerezo, el primogénito ilustre de la imprenta burgense, constituyendo como tal, en los días actuales, un preciadísimo «Incunable», por desgracia rarísimo, y por ende de un subido valor en el mercado mundial de librería.

De las prensas de Fadrique salió, asimismo, en 1487, la famosa «Crónica de España», de Mosén Diego de Valera, y como el más preciado florón para su eterna fama, editaba, asimismo, en 1499, la edición «príncipe» de la «Celestina», la obra genial de Fernando de Rojas, la que, de no haber forjado en su numen inmortal el Manco de Lepanto su D. Quijote, ocuparía hoy la cumbre de la obra literaria española. Bien lo sabía así el gran Cervantes, cuando dijo de ella, con elogio lapidario pero definitivo:

Obra en mi opinión divina,
si ocultara más lo humano».

La nómina de impresores burgaleses iniciada por Francisco Alemán de Basilea, se continúa con honor, por una serie de ilustres sucesores, cuales fueron su yerno Alonso de Melgar, y los Junta, Juan y Felipe. De la imprenta de Juan salía, en 1528, la edición, también «príncipe», del «Fuero de Vizcaya», y en 1554, la primera española del famoso «Lazarillo de Tormes».

En la segunda mitad del siglo XVI, se destaca también como importante en este orden de cosas, la familia Presa, integrada por Francisco y su hijo Juan de la Presa, entidad industrial que destaca fundamentalmente en la edición de libros de carácter litúrgico, cuales fueron misales, breviarios y diurnales (1). De la importancia que esta casa editorial llegó a adquirir, nos da fehaciente noticia la siguiente nota de Martín de Vitoria, maestro impresor que fuera en ella: los Presa — dice — dexaron en esta ciudad una emprenta con nueve prensas armadas e aparejos e recaudos

para otros seis de todo principal que ha menester, la cual es tan buena que a parecer de este testigo vale más de tres mil ducados, e que oyó decir a los dichos Francisco de la Presa y su mujer, que les había costado más de cinco mil».

La casa solariega de Zamoras y Presas, en donde más que probablemente estaría instalada aquella gran imprenta, llegó hasta nuestros días, hallándose señalada con el número 37 de la calle de la Puebla, edificio propiedad hoy de la familia Martínez Acitores; secular y memorable casa, que albergó entre sus muros a una larga y honrosa serie de progenies burgalesas, cuales fueron: las de Zamora, Presas, Quintanadueñas, Pesos, Monedas, Azuelas y Gobantes, de entre las que, en el correr de los años, surgieron varones eminentes que supieron proporcionar honra y provecho, a los suyos, primero, y a la Patria, después.

Y no sería justo cerrar estos deshilvanados y torpes comentarios sobre la significación y el influjo del libro en el proceso humano, sin rendir merecido homenaje a uno de los mayores genios de que la sociedad se enorgullece: a Miguel de Cervantes Saavedra, que supo regalarnos, entre bastantes otros, con aquellos dos libros, de que España siempre se mostrará orgullosa: el «Quijote» y las «Novelas Ejemplares». Del primero, tanto y tanto se habló por docenas de hombres insignísimos, que nos creemos relevados de ser como un sumando más en este bello y justiciero ramillete de elogios. En cuanto a las segundas, las nunca bien alabadas «Novelas Ejemplares», superiores, quizá, aun al mismo «Quijote» en belleza y aciertos de expresión y en creación de tipos más humanos y no menos completos que los dos inmortales y eternos andariegos, vienen hoy a los puntos de nuestra torpe pluma unos pobres pero sinceros juicios y comentarios, que en modo alguno queremos queden en el tintero. Manos, pues, a la obra.

LAS NOVELAS EJEMPLARES—Aunque publicadas como fruto de ancianidad de su glorioso autor, toda vez que vieron la luz en 1613, o sea cuando el Inmortal Manco había ya cumplido los 66 años, son más bien obra ponderada y metódica de madurez, escritas en el correr de una treintena de años, lenta y pausadamente producidas, como solaz y esparcimiento espiritual, en los no muy frecuentes ratos de descanso que a Cervantes permitieran sus prosaicas y poco lucrativas tareas al servicio del Fisco.

Aun siendo cuestión dilícil y opinable, por falta de documentos fehacientes, se cre hoy que debe ser considerada como una de las más antiguas

(1) Basas Fernández, Manuel. — Francisco de la Presa, hijodalgo y mercader En Bol. Institución Fernán-González, pág. 347-362.

la que lleva por título: «La Ilustre Fregona», de tan grata raigambre burgalesa, ya que sus dos protagonistas, juntamente con aquella ilustre dama, fregona, tan sólo en apariencia, lo fueron dos caballeros burgaleses a quienes Cervantes llama don Diego de Carriazo y don Juan de Avendaño, apellidos que, desde luego, tienen constancia histórica en el Burgos de los pasados siglos.

Como la última o al menos como una de las últimas, habremos de considerar la titulada «La Española Inglesa», que no pudo ser escrita antes de 1610, según demuestran circunstancias esenciales de su relato.

El propio Cervantes nos razona y explica en el Prólogo de estas hijas de su imaginación, el por qué dió a sus novelas el título de «Ejemplares», que vale aquí tanto como morales e instructivas... «Si bien lo miras —dice— no hay ninguna de quien no se pueda sacar un ejemplo provechoso». y añade, después... «una cosa me atreveré a decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público, ya que mi edad no esta para burlarse con la otra vida».

En méritos de justicia, habrá que otorgar a Cervantes el título de primer gran novelista en Lengua Castellana, que él, con adecuado convencimiento de su propio valer, se otorgara, al decir: «Me doy a entender que yo soy el primero que he novelado en Lengua Castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, ni imitadas ni hurtadas; mi ingenio las engendró y las parió mi pluma». Tal afirmación, aunque inmodesta, es fiel reflejo de la realidad de los hechos, ya que para encontrar otra gran novela, escrita en castellano hemos de retroceder hasta el siglo XIV, con la obra de don Juan Manuel, «El Libro de Patronio o el Conde Lucanor»; pero en esta obra inmortal, la didáctica se sobrepone por completo a la ficción, y por lo que hace referencia a la celebrada obra del librero valenciano Juan de Timoneda, «El Patrañuelo», en quien Ticknor y algunos otros críticos extranjeros quieren muy de ligero ver el creador de nuestra novela, no merece este bibliopirata que saqueó impudente cuantas obras aprovechables nacionales y extranjeras cayeron en sus manos, más dictado que el de el primer editor aprovechado, de nombre conocido.

Y sin embargo, aunque sea bien cierto que los asuntos de sus fábulas no los tomó Cervantes de autores anteriores, no lo es menos que tampoco son aquéllos fruto exclusivo de su imaginación, Nuestro inmortal escritor observaba intensamente cuanto le rodoaba, y albergando después en su memoria los incidentes, trágicos, unas veces, y festivos, otras, de la vida corriente, los supo llevar después a sus ficciones, con una intensidad de

realismo y vida de verdad insuperables. A las veces, este realismo es tal, que juegan papel en sus relatos personajes y hechos que registra la Historia; así en «Rinconete y Cortadillo», se rememoran las «non sanctas» mocedades y el trágico final de dos célebres ladrones que fueron ahorcados en Sevilla, en 1569, y el saqueo de Cádiz por la escuadra inglesa, llevado a cabo el 1.º de julio de 1596, le sugirió, seguramente, el asunto de «La Española Inglesa». En otros relatos utilizó Cervantes recuerdos ya de sus viajes, ya de sus impresiones de la edad juvenil; así en el «Amante Liberal» hay indudables alusiones a los años y sucesos de la época de su cautividad en Argel.

Pero si grande es el mérito cervantino de la originalidad al través de este conjunto admirable que integran las «Novelas Ejemplares», aún hay otro de más subidos y valiosos quilates, que es el humor o la gracia netamente española, que tan difícil es de definir; esta *sal castellana*, que a juicio de un extranjero tan perfecto conocedor de nuestra Patria como Alano Renato Lassage, no cede a la *sal ática*, aunque en nada se le parezca, Moratín, en España, y Molière, en Francia, son los autores que bajo este punto de vista se asemejan más a nuestro inmortal Manco.

El éxito de las «Novelas Ejemplares» fue tan grande como bien ganado, dentro y fuera de España, mereciendo que todo un Tirso de Molina llamase a su autor el Boccaccio español. No tan sólo fueron ávidamente leídas, sino que muchos autores tomaron de pasajes de ellas, asuntos para sus producciones. Lope de Vega, que nunca amó a Cervantes, y el incógnito y envidioso Avellaneda, que le odió cordialmente, no pudieron sustraerse al juicio unánime, y alaban el valor literario y el entusiasmo con que el público agotó ediciones sucesivas y rápidas, y téngase muy en cuenta que este supremo juez sabía ya exigir y gustar por aquellas calendas, como en sí mismo hubo de experimentarlo el gran Lope de Vega, a quien todo su inmenso prestigio dramático no libró de paladear sendos y rotundos fracasos en sus novelas «Las fortunas de Diana», «La más prudente venganza» y el «Desdichado por la honra».

En el extranjero, si bien las «Novelas Ejemplares» no gozaron de la extraordinaria popularidad del «Quijote», no fueron por ello ni menos favorablemente acogidas ni menos apreciadas por las gentes de Letras. En Francia, por ejemplo, veintinueve ediciones realizadas desde 1618 a 1927 prueban la bien justa estimación de que ellos gozaron en el correr de tres largas centurias.

El éxito de las «Novelas Ejemplares», enjuiciadas en relación con su época, era plenamente justificado. Es necesario no ignorar que ellas aparecieron en un momento en que el público, lejos de estar hastiado, empezaba a gustar, y con placer extremo, un manjar que, aparte de su novedad,

cualidad ya bastante para hacerle estimable, se le servía aderezado con las sales de una fraseología primorosa y de una gracia e interés tan reales como indiscutibles; y por si todo esto aún no fuese bastante, encontramos en ellas, a la par, una fidelidad en la pintura de los caracteres y de las situaciones, que, sin la menor exageración en el elogio, puede calificarse de genial. Aquellos tipos tan pintorescos y a la vez tan de carne y hueso, que Cervantes describe, poseen una solera de realidad y de valor humano, que ello constituye, aun hoy día, uno de los mayores atractivos de este libro sin par.

Se ha dicho, con verdad, que fue tal el arte que el autor supo poner en estos hijos de su imaginación, que así como un predicador hallaría en D. Quijote cantidad de textos para sus sermones, análogamente, un pintor podría encontrar en las Novelas copia de asuntos para inspirar sus cuadros. De ordinario, describe a grandes rasgos, con toque sobrios y fuertes, sabiendo hacer, con muy pocas palabras, el retrato acabado de cada personaje, debiéndose recordar aquí el insuperable de D. Quijote, y dentro de las «Novelas», el que en la «Gitanilla» nos dejó de Preciosa, y en «Rincónete y Cortadillo», el de aquel supremo jerarca de la bribia que se llamó Monipodio.

El estilo de las «Novelas Ejemplares» es tan pulcro y tan sobriamente acabado y perfecto, que desarma la crítica aun de los menos incondicionales del Manco de Lepanto. Claridad en los juicios, facilidad para pasar de unos tonos a otros, gracia sonriente y amable, amplia comprensión para los desfallecimientos, por humanos siempre tan comprensibles, ironía sin hiel y vocablo siempre a tono y medida con las personas y con las situaciones; de todo esto y tantas y tantas otras facetas bellas se hallarán hasta hartarse al través de esta obra peregrina, por lo que aun no habiendo sido Cervantes el autor de D. Quijote, se hubiese aupado, y por derecho propio, hasta la cumbre de la gloria, en los floridos campos de las Letras Hispanas,

Damos fin a estas notas afirmando, con noble orgullo de españoles, que las «Novelas Ejemplares», aun dentro de su sencilla acción, constituyen, por su originalidad nunca bien ponderada, por su perfecto estilo, por la gracia sin par de su elocución, por la verdad de los caracteres, por la admirable variedad de incidentes y por las chispeantes agudezas de que están salpicadas, una de las más sabrosas lecturas de que nos es dado disfrutar en nuestra rica lengua,

Loemos, pues, en ellas, y en desagravio póstumo y nunca más merecido, la memoria de Miguel de Cervantes, que acuciado en aquel entonces,

como en tantas otras ocasiones de su azarosa vida, por insolubles problemas económicos, hubo de enajenar la propiedad de este parto precioso de su ingenio, por la suma irrisoria de 1.400 reales y 24 ejemplares, que recibió, si es que en efecto le fueron entregados, del editor Robles, un librero avisado que, aunque ciertamente no para gloria suya, adquirió por tan modesto precio el derecho evidente de pasar a la Historia.

ISMAEL GARCIA RAMILA.